

dolid hasta el 24 de Agosto de 1527, en cuya fecha, por haberse declarado la peste en la villa, determinó el Emperador trasladarse á Palencia, mientras no cesáran sus estragos. Distribuyéronse las personas que formaban la córte en diferentes pueblos de los alrededores de esta última ciudad, porque no todas podian aposentarse en ella. En este tiempo se seguian por los embajadores estériles, ó por mejor decir, fingidas negociaciones de paz, mientras que la guerra continuaba sangrienta en Italia.

Despues de la muerte del Marqués de Pescara, el Emperador habia encomendado el mando de sus tropas al Condestable de Borbon, quien, conociendo que el Papa era el jefe de la liga y el más implacable enemigo del César, para remediar ademas la necesidad de su ejército y evitar su disolucion, y para castigar el atentado cometido contra los coloneses súbditos del Emperador, marchó sobre Roma, en cuyo sitio murió el 6 de Mayo de este mismo año, circunstancia que no impidió el triunfo de los suyos, los cuales entraron frenéticos en la ciudad, poniéndola á saco por siete dias consecutivos y prendiendo á Clemente VII en el castillo de Santangelo. Hablando de este suceso, dice gravemente Sandoval: «Todo esto padeció la triste Roma, y este fué el fruto que sacó Clemente VII por su mala y ambiciosa condicion, sin quererlo el Emperador ni pasarle por el pensamiento.» De esta opinion era tambien Juan de Valdes, hermano del secretario de letras latinas de Carlos V, y á sus-

tentarla y defenderla dedicó la primera parte de su diálogo, titulado *Lactancio*, escrito que, á más de su mérito literario y de la hermosura de su lenguaje, es curiosísimo por los datos y noticias que contiene. *Lactancio* es el mismo Valdes apologista del César; y el *Arcediano del Viso*, que es su contradictor, estrechándole, habla en estos términos: «Digo que el ejército lo hiciese (el asalto y saco de Roma) sin mandado, sin consentimiento, sin voluntad del Emperador; y que Su Majestad no haya tenido culpa ninguna en ello; veamos, ya que es hecho, ¿por qué no castiga á los malhechores?» A lo que contesta *Lactancio*: «Porque conoce ser la cosa más divina que humana, y porque acostumbra á dar ántes bien por mal que no mal por bien. ¡Gentil cosa sería que castigase él á los que pusieron sus vidas por sus servicios!» (1).

En efecto, el saco de Roma por los imperiales fué obra exclusiva y propia de la soldadesca desenfrenada, que, por no haber recibido sus pagas, habia roto la disciplina imponiendo su voluntad al condestable de Borbon, quien los guió á esta empresa para captarse el amor de aquellos soldados, en su mayor parte aventureros, y que buscaban en la guerra más su ganancia que la gloria del Monarca á quien servian; buen testimonio es de esto lo que dice el abad de Naxera en carta que dirige al Emperador, fecha á diez millas de Bolonia el 28 de Marzo de 1527:

(1) *Dos diálogos* escritos por Juan de Valdes, ahora cuidadosamente reimpresos (año de 1850).

«Otro dia, que fueron VIII del presente, recogida la gente de Carpi, este exercito vino de Romporto á Castel San Juan, x millas de Boloña y xxxv de Ferrara, á donde yo fuí por los dineros que el Duque de Ferrara ofreció de buscar, y dióme x mil escudos dos dias despues que yo fuí, los quales se dieron á los alemanes, que no quisieron dar dos mil para los españoles, y pensando que los alemanes se contentarian de partir con esta suma y que los españoles tenian algo de que comer y que habrian paciencia de esto, se dió vando para partir: otro dia y en la hora que era en anocheciendo, se amotinaron los españoles y vinieron pidiendo pagas á casa del Duque de Borbon, el qual, por dexar pasar la furia de la gente, se fué á casa de Jorge Jenespergh; los españoles, sin hacer otra cosa, se salieron á hacer su escuadron y consulta al artillería fuera de la tierra. Los alemanes ansimesmo se amotinaron en la mesma hora y vinieron gritando *guelte, guelte* á casa del Duque, y como no lo halláran, saqueáronle la sena y áun algunas piezas que habia de argento, rompiendo bancos y sillas y haciendo algunas otras cosas desonestas y de poco respeto como se acostumbra hacer en los motines, y hicieron su escuadron y consulta en el artillería de su cuartel. Los españoles y ellos se volvieron luégo despues á sus estancias con órden de volver en amaneciendo á sus escuadrones, so pena de la vida, y assí estuvieron hasta medio dia disparando el artillería, haciendo diputados y pidiendo dineros. El Marqués del Gasto, con el medio de Juan de Ur-

bina, á quien los españoles tienen gran respeto y quisieron que entrára entre ellos, los concertó que se contentasen con un escudo por hombre y caminasen. Georgio Jenespergh no pudo aplacar á los tudescos sin que les diese media paga al ménos; visto esto en la hora, el Marqués fué á Ferrara y yo fuí con él y sacamos al Duque otros XII mill escudos, de los quales prestó los III mil esc. Hierónimo Moron para entero pago de su talla, y con estos XII mil esc. volvimos aquí á los XV del presente, diéronse los VI mil esc. á los españoles y los otros VI mil esc. á los alemanes; y no obstante esto, estuvieron amotinados otro dia, que fueron XVI del presente hasta mediodia, que querian que el Duque de Borbon les prometiese darles otro socorro de dinero como fuésemos llegados á Florencia, y de pagarles á XXI de Abril todo lo que se les debiere, que sería mas de L mil esc., lo cual el Duque no ha querido prometer porque sabe que no lo podrá cumplir. Jorge Fenespergh estuvo gran rato frente del escuadron exhortándoles á partir de aquí, pues se pierde el tiempo y la ocasion de lo que se desea hacer, y de enojo que no pudo hacer nada, le tomó este dia, despues de comer, un accidente que cayó como muerto, que no sentia nada ni hacía otro que temblar y sudar, que pensamos que muriera y que era cosa de veneno; mas los médicos han sido de contraria opinion. Si este hombre muriese, ó por su grande indisposicion quedase á curarse en Ferrara, dexaria este ejército en muy mayor fortuna que la que fasta agora ha

corrido con estos motines, porque su gente lo teme y tiene en gran respeto, y el va bien derecho al servicio de vuestra majestad, á quien muy humildemente suplico que considere en cuanta fortuna y peligro de deshacerse este ejército y perderse todo lo que vuestra majestad tiene en Italia estamos por no tener dinero, no digo nada para dar las pagas, ni siquiera de comer á la gente.»

Tal era y tal siguió siendo el estado de aquel ejército, el cual se agravó porque, en efecto, Fenespergh se quedó enfermo en Ferrara, donde al cabo murió, y no habiéndose proveido de dineros, siguieron los soldados sin pagas, llegando á Roma en la disposicion de ánimo de que da idea la siguiente carta del secretario Perez, escrita á los pocos dias de la entrada del ejército, que le hizo víctima del saco, á pesar de ser tan especial y elevado servidor de Cárlos V.

«SACRA CESÁREA Y CATÓLICA MAJESTAD.

» A xxvi, xxix y xxx de Abril y dos de Mayo, escriví últimamente á vuestra majestad, con Bernardino de Albornoz y con el General de los (Franciscos), y despues á los iv y v y vi de éste acabó de llegar aquí el ejército de vuestra majestad y hizo el efecto que por cartas del Abad de Nájera y del Regente Gattinara y de otros havrá vuestra majestad sabido, que es señorearse de Roma y del Burgo y Palacio, y tener sitiado el castillo

donde el Papa y ciertos cardenales están. Y porque el dicho Abad y Regente Gattinara, como testigos de vista, darán larga cuenta de todo, no diré yo lo que he oido, que de vista no puedo decir nada, porque como el saquear á Roma fué tan súpito y tan cruel, harto tenía hombre que hacer en guardar la vida y la casa, y á Dios plugo que con dos mil ducados que dí á los españoles me guardaron y defendieron mi posada, donde recogí más de LX personas que se me encomendaron, pensando que con ser secretario de vuestra majestad los salvára sin que me costára nada, y pues como he dicho se salvó la vida y lo que tenía en casa, dése todo por bien empleado, con esperanza que me queda que vuestra majestad se acordará de hacerme alguna merced con que pueda satisfacer á los que me han socorrido para esta necesidad, y así lo suplico humildemente á vuestra majestad juntamente con mandarme pagar mi salario y ayuda de costas, como muchas veces lo he suplicado á vuestra majestad, á quien asimismo suplico me mande escribir lo que es servido que yo haga de mí, si iré allá ó estaré aquí, y en caso que oviere de quedarme me mande proveer de lo necesario para vivir, porque de otra manera es imposible que yo pueda estar acá por lo mucho que aquí se gasta por la gran carestía que hay de pan y de lo demas.

» Los tratos y conciertos que se platican con el Papa no sé más de lo que oyo, y por esto me remito al Abad y al Regente Gattinara, que lo escribirán á vuestra majestad, como testigos de vista,

en especial el Regente, que yendo ó viniendo del castillo, lo hirieron en un brazo con un arcabuz, más no es de peligro.

»El Cardenal Coluna, Vespasiano y Ascanio Coluna, vinieron aquí á los x de éste, y si vinieran un día ántes que el ejército llegára, aprovechará mucho, porque los romanos hicieran todo lo que los coluneses quisieran, tuvieran espaldas con ellos para contradecir lo que el Papa les mandaba que ninguno osaba hablar al contrario, porque luégo les ponian en el castillo, y este temor fué causa de ser Roma saqueada con tanta crueldad, cuanto los turcos lo pudieran hacer, pues no dejaron iglesias ni monasterios de frailes y monjas y beatas, y llevaron toda la plata y reliquias en ella y hasta las custodias donde estaba el Sacramento, y casas hubo que fueron dos y tres veces saqueadas, así de cardenales como de otros, y llevados presos los cardenales de Sena, Minerva y Araceli; y si la Vaya, y Cesáris é Suchefor y Jacobacis no huyeran á las del Cardenal Coluna, les hicieran lo mismo que á los otros, y al cabo todos estos cardenales se juntaron en casa del dicho Cardenal Coluna, salvo los dos frailes, y asimismo se retiraron allí infinitos hombres y mujeres, que aunque es bien grande su casa, fuera menester mayor. Cierto ha sido mucho remedio la venida del Cardenal y de sus debdos para muchas gentes, y plugiera á Dios que viniera ántes, porque cierto se estorvára el saquear y las muertes y prisiones de muchos que certifico á vuestra majestad nadie en Roma se escapó que

lo uno ó lo otro no le interviniese, ó el menor mal ser compuesto que harto tiene el cardenal Coluna que hacer en concertar el pago de las tallas y dar seguridad dellas. Todos los vasallos y servidores de vuestra majestad huelgan mucho de ver á vuestra majestad señorear á Roma y lo demas; pero quisieran que lo de aquí fuera sin haber intervenido tantos males y pérdidas, que es grande compasion por la gente que queda perdida para siempre, porque no se contentaban con saquear las casas, mas prendian los dueños dellas y poníanles tallas, y los que no las pueden pagar los llevan consigo presos, y á los prisioneros que tomaban les daban tormentos fortísimos para hacerles conocer el dinero que tenían y á dónde estaba soterrado ó guardado, y así hallaron cuanto dinero estaba escondido. Digo todo esto porque pasa así en verdad, porque es razon que vuestra majestad lo sepa y mande escribir á estos cardenales imperiales que son los que estaban en casa de Coluna para que tengan algun consuelo, que están agora muy malcontentos, así por lo mucho que han perdido como por estar corridos, que siendo servidores de vuestra majestad los hayan así tratado; y no menos lo está el embaxador de Portugal, que le dexaron en calza y jubon y le llevaron preso al Burgo, aunque ya es suelto; estaba infinita gente en su casa con mucha ropa, dinero y joyas y todo lo perdieron, y los dueños fueron prisioneros y se rescataron en harta cantidad, y porque sería enojoso á vuestra majestad decirle más particularidades de lo que aquí ha pasado cerca desto no alargó más sobre ello.

» Han hecho gobernador á Mos. de la Mota y ya comienzan á entender en lo que más conviene al buen regimiento desta cibdad. Dios lo encamine todo á su servicio y el de vuestra majestad.

» Créese que si Mr. de Borbon no muriera que no hicieran tantos males como se han hecho y cierto fué gran daño su muerte.

» Los coluneses vienen quexosos del Consejo de Nápoles, porque nunca les quisieron dar licencia que viniesen, ni dejaron salir la gente del reino (de Nápoles), y su venida fué más como varones de Roma que como vasallos de vuestra majestad, porque Mr. de Borbon les escribió que viniesen y determinaron de venir en esta color, y cierto como he dicho, ha sido harto provechosa su venida; yo escribí á don Hugo y á Alarcon lo que á los servidores de vuestra majestad parecia cerca del venir aquí la gente del reino, y los coluneses vieron mis letras y con ellas requerian á los del Conssjo que pusiesen aquello en efecto, mas otros escribian al contrario y así lo dexaron de hacer, lo que pluguiera á Dios que no dexáran y fuera vuestra majestad como amo obedecido y temido, y no se oviera destruido tanta gente, pues vuestra majestad ninguna cosa ha ganado en ello, pues los lanzquenetes agora despues de ricos se amotinan cada hora porque les paguen, y lo mismo harán los españoles un dia de estos si se les antoja. Sa. Cesa. Catha. Majestad, Nuestro Señor por largos tiempos guarde la secratísima persona de vuestra majestad con aumento de mayores reinos y señoríos.—De Roma á xvii de Mayo de 1527.»



Cuando los imperiales no respetaron en el saco de Roma ni al propio secretario del emperador, bien claro está que aquel suceso no fué por él decretado, ni consentido, por más de que se alegrase, como todos sus súbditos, de haberse enseñoreado de Roma para castigar los proceder falaces de Clemente VII, que no comprendió nunca, aunque luégo afectó comprenderlos, así la magnanimidad de Carlos V como lo sincero y profundo de sus sentimientos religiosos, más fuertes que su ambicion, que nunca fué como la suponian sus émulos para dar color á su mala voluntad y á sus torcidos propósitos (1).

XV.

Grande fué el escándalo que en la cristiandad produjo este suceso, y los enemigos del Emperador se aprovecharon de él con afan, como del mejor y más plausible motivo que podian alegar para declararle la guerra, y es de notar que entre ellos se distinguieron por su aparente celo Enrique VIII, hereje cismático, que murió siendo enemigo de la Iglesia y del Papa, y Francisco I, que tantas veces favoreció á los luteranos en Alemania, y que hasta se alió con los turcos, que eran los más terribles

(1) Las curiosas cartas del Abad de Nájera y del Scio. Perez están tomadas de la Colecion Salazar, que posee la *Academia de la Historia*.

enemigos de la cristiandad en aquel tiempo, amenazando á la Europa á la par con sus ejércitos por la parte de Hungría, cuyo reino invadieron en 1526, derrotando, como se ha dicho, al rey Luis, y con sus naves por el Mediterráneo, asaltando casi de continuo los puertos de Italia, hasta que se quebrantó para siempre su poder en las aguas de Lepanto.

Estuvo la córte en Palencia y sus alrededores hasta mediados de Octubre, y visto por el Emperador que no cesaba lá peste en Valladolid y que Palencia no tenía comodidades para su alojamiento y el de sus criados y oficiales, determinó pasarse á Búrgos. Siguieron los embajadores la córte, y entre ellos Navajero, que describe esta ciudad como todas aquellas en que residió, refiriendo hasta los nombres de los dueños de las casas en que estuvo aposentado; en Búrgos nota la tristeza de su cielo, y cita un dicho atribuido á D. Frances de Zúñiga, dicho que pone en castellano y es como sigue: «Búrgos trae luto por toda Castilla, y el sol viene como las otras cosas de acarreo», en lo cual se alude á la escasez de aquella tierra remediada ampliamente por la excelencia de su administracion municipal, y en toda la frase se revela el ingenio del autor de la graciosa *Crónica*, en cuyo encabezamiento se llama D. Francesillo de Zúñiga *criado privado bienquisto, y predicador* del emperador Carlos V, ingenio y gracia que conservó hasta el último instante de su vida, pues herido mortalmente por alguno á quien habian ofendido sus chistes, y

conducido á su casa, al oír su mujer el estrépito de los que le traían y saliendo á preguntar la causa, respondió el mismo D. Frances: «Señora, esto no es nada, nada absolutamente, sino que han muerto á vuestro marido.»

Despues de dar cuenta de lo más notable que habia en la ciudad, dice Navajero que los embajadores de la liga estuvieron negociando vanamente la paz hasta Enero del año de 1528, no habiendo querido Dios, sin duda por los grandes pecados de los hombres, que se lograra. Añade que este negocio de la paz se trató y consideró maduramente por los embajadores de la liga, cuyos nombres consigna exactamente en el párrafo 8o del itinerario, y dice que visto que no habia medio de establecerla, resolvieron todos, ménos el nuncio del Papa, Micer Baltasar Castellon, que no asistia á las conferencias desde que Clemente VII estaba preso, ir á palacio á notificar al César que, conforme á las instrucciones que para ello tenian, estaban resueltos á salir de la córte de Castilla y á volverse cada uno á su patria. El Emperador contestó en los términos que recuerda Sandoval y que ponemos por nota á este párrafo del itinerario de Navajero, y como estaban todavía en las córtes de los soberanos que formaban la liga los embajadores de Cárlos V, acordó éste con gran prudencia detener á los que residian en Castilla representando á sus enemigos hasta que entrasen en España y estuviesen, por tanto, salvos y seguros los embajadores españoles. La falsía con que habian procedido los coaligados auto-

rizaba este procedimiento. El Rey de Francia habia faltado villanamente á sus promesas y á las cláusulas de la concordia de Madrid. Enrique VIII de Inglaterra rompió sin causa alguna la alianza que habia hecho con el Emperador, siendo ministro y casi autor de esta infamia el cardenal Wolssey, que tan felónicamente se manejó en todo este asunto; y por último, hasta el mismo Clemente VII, guiado por la gran ambicion que le dominaba, y considerando más que su carácter de jefe de la Iglesia sus pasiones y las de la familia Médicis á que pertenecia, se hizo digno de las calificaciones acerbas que le dirigen todos nuestros historiadores.

El hábil y sagaz embajador de Cárlos V en Venecia descubrió desde luégo las maquinaciones é intrigas de los enemigos del César, que siéndolo irreconciliables y decididos, todavía trataban de guardar apariencias de amistad, y en carta de 15 de Enero de 1527, dice:

«Anoche recibí la de Vuestra Majestad, y quanto á la ida del general de San Francisco al Sor. Viso-Rey, plegue á Dios que no tenga el Papa debaxo de aquel enviar y pláticas algun engaño encubierto, que aunque yo no sé las particularidades que se platican, lo que por ahora veo y entiendo, me face con mucha razon tener siempre y en esta plática sospecha del Papa, lo que veo es que el Nuncio del Papa está juntamente con el Embaxador de Francia con estos señores por mucho espacio, y especialmente quando viene correo de ahí no falta estar juntos.»

Estas sospechas se convirtieron en pruebas evidentes de enemistad, y por lo que toca á los venecianos, no sólo eran los que daban más calor á la liga, sino que, cuando todavía ésta no se habia declarado abiertamente contraria, y cuando sus embajadores afectaban negociar la paz en Valladolid, en Palencia y en Búrgos, esto es, á fines del año de 1527, obraban con el embajador del César en Venecia, como se puede ver en el siguiente pasaje de una carta de Alonso Sanchez de 22 de Diciembre:

«Despues de la que en xiiii de éste escribí á vuestra majestad, los de esta República me *intercibieron* una posta de Trento con cartas que me traia de Flándes de Madama de 11 de éste, é trajeron aquí al que las traia con ellos de viii leguas de aquí, y despues de haberle entretenido tres dias le volvieron xxxv escudos que me traia, los cuales habia yo aquí gastado por mandado de Madama, y le dieron una carta de su alteza para mí abierta, y dícame en ella que me envia cartas para el general de San Francisco y para mí de Don Iñigo de Mendoza, y mándame su alteza que la del general envíe á Roma con cualquier costa á toda diligencia al dicho general ó á quien por vuestra majestad estuviese allí, que cumple mucho á su servicio. Estas cartas de D. Iñigo para el general y para mí no las dieron, mas se las han detenido. Dios quiera que no hayan sacado las cifras, que tienen uno que las saca todas. No les he pedido las cartas porque fuera por demas, pues hacen tan á la descubierta los malos oficios, que es notorio no las dieran.»

En vista de tal proceder de los venecianos, no hay para qué insistir en probar su mala fe en las negociaciones de paz, y por otra parte se ve la sinrazon con que Navajero se queja de lo que con él y con los demas embajadores hizo el Emperador despues que le notificaron la guerra.

Miéntras más se conocen los sucesos que acontecieron en Europa de 1521 á 1528, más bella se presenta á nuestros ojos la gran figura de Cárlos V, y más resplandecen sus grandes cualidades, entre las que se destacan la hidalguía y el amor sincero de la paz y la felicidad del género humano; de lo cual hubo sin duda alguna de persuadirse, aunque tarde y por poco tiempo, el mismo Clemente, viendo la generosa conducta seguida por el Emperador despues de sus victorias en Italia, proceder magnánimo que obligó al Papa á confesar sus faltas al cardenal Loaisa, como éste refiere al César en carta de 3 de Julio de 1530, tratando del negocio de Ferrara, sobre el cual «el Papa respondió delante de muchos cardenales y prelados y embajadores, en suma, que él queria tomar tiempo para deliberar, sin perjuicio del derecho del Duque ni de la Sede Apostólica, y dándoles esperanza de que por su parte no se desharia la paz que Dios y vuestra majestad habian dado á Italia, la cual no esperaba que se habia de conservar por ninguna persona del mundo sino por vuestra majestad, y habló muchas veces bien de vuestra imperial persona, y á todo esto era cabe el Duque de Albania y otros franceses que lo oian. Yo, señor, otro dia me

fuí á comer con Su Beatitud, y se apartó conmigo á hablar dos horas, adonde de nuevo en sus palabras conocí que vuestra majestad era en sus ojos y en su corazon, queixándose que si alguno pensaba otra cosa, le hacía mucho agravio y era de poco entendimiento, y que era verdad que él deseaba por el bien público que vuestra majestad y el cristianismo fuesen mucho acordes, y él lo tentaba de continuo como podria ser; pero que cuando no se hallase verso para tal efecto, que sería vuestro hasta la muerte, y que no sabia ni podria faltaros, porque toda la bondad y el remedio de la Iglesia le parecia que Dios le habia puesto en su majestad, y que los franceses eran mentirosos y que no pretendian sino su acrecentamiento» (1).

Puede asegurarse que los embajadores de la liga no trabajaban sinceramente por la paz, pues las potencias que representaban seguian haciendo la guerra por los medios más enérgicos y eficaces que podian emplear; así que no aceptaron ninguna de las ventajas que se les otogaron, siendo tales, que ya en Búrgos se les concedía más de lo que habian pedido en Palencia; pero se disculpaban con que no tenian poderes para concluir, y el embajador de Inglaterra, buscando pretextos para el rompimiento, pidió al Emperador tres cosas: la primera, que luégo sin dilacion alguna pagase al Rey á su señor, todo lo que en dinero le debia de empréstitos que

(1) HEINE, *Cartas del cardenal García de Loaisa al Emperador, de los años 30 á 32*. Berlin, 1848.

le habia hecho ; la segunda, que le diese quinientos mil ducados en que habia incurrido de pena por haber quedado con él de casar con su hija y no haberlo cumplido, y la tercera, que satisfaciese y pagase al Rey de Inglaterra la indemnizacion que se habia obligado á pagar por el Rey de Francia en Lóndres, que hasta aquel dia eran cuatro años y cuatro meses. Como el Emperador contestó, esto era suscitar cuestiones nuevas sobre las cuales nada se habia dicho ántes, y por la tanto, señal de que no se queria la paz. Y, en efecto, sin aguardar nuevas instrucciones, los embajadores de la liga declararon solemnemente la guerra y se despidieron; y para confirmar todavía más la aviesa disposicion de ánimo de sus soberanos, el dia despues de esta declaracion, que era el 22 de Enero de 1528, y en la misma ciudad de Búrgos, vinieron á palacio el rey de armas de Franciscó I, llamado Güiena, y el del Rey de Inglaterra, llamado Clarenceao, y pidieron, por medio de Mr. de Nassau, audiencia al Emperador, quien dijo que se la daria aquella misma mañana entre diez y once. Véase cómo refiere esta escena Valdes, testigo de ella probablemente, que no da, sin embargo, tantos pormenores cancillerescos como Sandoval en el libro xvi de la *Vida del emperador Cárlos V*. La relacion de Valdes forma parte del diálogo de *Mercurio y Caron*, y es como sigue :

Mercurio. Despedidos que se hobieron del Emperador los embajadores de Francia et Inglaterra, Venecia y Florencia, vinieron esta mañana al palacio del Emperador dos re-

yes de armas, uno del Rey de Francia y otro del Rey de Inglaterra, y pidieron al Emperador que les diese audiencia, la cual él les quiso dar públicamente, porque ya sabía que lo querian desafiar. Y sentóse con mucha pompa en la principal sala de su palacio, y al rededor d' él estaban muchos grandes señores y perladados de todas naciones, que en su córte se hallaron.

Caron. ¿Vístelo tú eso, Mercurio?

Mercurio. Mira si lo vi, y noté cuanto se hacía.

Caron. La mitad de mi barca diera por haberlo visto.

Mercurio. Yo diera una de mis alas por no haberme hallado presente.

Caron. ¿Por qué?

Mercurio. ¿Piensas tú, Caron, que poco trabajo sentia yo en ver la iniquidad de aquellos príncipes que, sin ninguna causa ni razon, enviaban á desafiar al Emperador, el uno sobre haber rompido su fe, y el otro llamándose defensor de la fe, favoreciendo al rompedor de ella? Los reyes d' armas, que estaban al cabo de la sala con sus cotas de armas en los brazos izquierdos, se vinieron derechos para el Emperador, y hechas tres reverencias hasta el suelo, se hincaron de rodillas en la grada más baja del estrado donde el Emperador estaba, y desde allí el rey d' armas de Inglaterra, en nombre de entramos, dijo: «Que conforme á las antiguas leyes y costumbres, se presentaba ante su Majestad para decirle algunas cosas de parte de los reyes de Francia et Inglaterra sus amos. Que le suplicaban les diese seguridad, miéntras esperaban la respuesta, mandándoles guiar seguramente hasta sus tierras.» El Emperador respondió que dijesen lo que les era mandado; que sus privilegios les serian guardados, y en sus tierras ningun enojo les sería hecho. Luégo el rey d' armas de Francia leyó un cartel (1), y por decirte la verdad, al principio yo pensé que queria predicar, segun las palabras con que comenzó.

(1) Puede leerse en Sandoval, *loco citato*.

- Caron.* Así era menester; que para decir una cosa absurda y fea, comenzase por palabras santas y buenas.
- Mercurio.* A la fin decia que el Rey de Francia, su amo, viendo que no queria aceptar las condiciones de paz que le habia ofrecido, ni dejarle sus hijos, ni libertar la persona del Papa, ni pagar al Rey de Inglaterra lo que le debía, se declaraba por su enemigo, notificándole que le haría en sus tierras y súbditos todo el mal que pudiese.
- Caron.* Tres cosas te quiero notar sobre eso, Mercurio; la primera será, pues sabian ya que el Papa estaba libre, ¿á qué propósito decian que el Emperador no queria libertar la persona del Papa?
- Mercurio.* Porque, como he dicho, ese era el principal achaque que ellos pensaban tener para hacer el desafio, y no sabian cómo la noche de ántes el Emperador habia recibido cartas de Italia en que le avisaban de la libertad del Papa y de la manera como habia pasado.
- Caron.* ¿Qué, me dices que esa misma noche llegó la nueva?
- Mercurio.* Así pasa.
- Caron.* Dígote la verdad, que nunca vi llegar cosa á mejor tiempo. La segunda será, preguntarte si ántes d'este desafio el Rey de Francia hacía cuanto mal y daño podia al Emperador.
- Mercurio.* Ya tú lo has oido.
- Caron.* Luego ¿de qué servia declararse agora por su enemigo?
- Mercurio.* Pienso haberlo permitido Dios, porque el Emperador se despertase y proveyese lo que convenia.
- Caron.* Yo así lo creo, y tengo por muy gran necedad lo que franceses hicieron en desafiarlo. Pues lo tercero será, que me parece una muy grande iniquidad lo que dice que haria todo el mal y daño que pudiese en los súbditos del Emperador. Veamos, pongo por caso, que el Rey de Francia tenga mucha razon de quejarse del Emperador: ¿qué culpa tienen sus súbditos?
- Mercurio.* Vé tú á disputar eso con él y déjame á mi acabar. Como el rey de armas de Francia hobo leído su cartel,

el Emperador mismo, por su propia boca, le respondió que se maravillaba que el Rey de Francia lo desafiase, pues siendo su prisionero de justa guerra no lo podia ni debia hacer, y que, pues, se habia tan bien defendido en siete años, que le habia hecho guerra sin desafiarlo, agora que le avisaba, él se tenía por medio asegurado. Y en lo que decia de la restitucion de sus hijos, que él se habia puesto más de lo que por razon se habia de poner con voluntad de restituirlos. De manera que la libertad de ellos no quedaba sino por él. Cuanto á la deuda del Rey de Inglaterra, que él estaba aparejado á pagar lo que debia, como muchas veces habia dicho. Cuanto á lo del Papa, le dijo que la noche de ántes le habian venido nuevas de cómo era puesto en su libertad. Y á la fin le dijo: que, pues, su cartel era largo, y en él habian escripto todo lo que se les habia antojado, que él mandaria responder en otro papel que no contenia sino verdades (1).

Caron. ¿Dicesme de verdad, Mercurio, que el Emperador mesmo dió esa respuesta?

Mercurio. Él mesmo, y aún mucho mejor que yo lo digo.

Caron. Dígotte de verdad que no oí mejor cosa en mi vida.

Mercurio. Esto hecho, el rey d'armas de Inglaterra, como hombre más experto en el oficio, quiso decir de palabra lo que en escripto le habian dado que dijese, y en conclusión, contenía lo mesmo que el cartel del Rey de Francia, sino que venía muy soberbio y muy más desvergonzado, diciendo que por fuerza de armas le haria hacer lo que no queria por amor.

Caron. ¡Oh! ¡Hi de puta, qué roldanes! ¿Por fuerza d'armas? ¡Cómo! ¿Tirando flechas en el aire? ¿Sabes qué pienso, Mercurio? Que ha permitido Dios que aquel Cardenal que me decias (2) esté cabe el Rey de Ingla-

(1) Véase esta respuesta en Sandoval.

(2) Wolssey.

terra, porque haciendo lo que hace, sean los mismos, ingleses causa de su propio castigo.

Mercurio. Ninguna dubda tengas d'eso. El Emperador le respondió que se maravillaba de lo que el Rey de Inglaterra hacía, y creía no estar él bien informado de lo que habia pasado; mas pues que así él lo quería, no podia hacer sino defenderse, y rogaba á Dios que el Rey de Inglaterra no le diese á él más causa de hacerle la guerra de lo que pensaba habérsela él dado (1).

Caron. ¿Por qué decia el Emperador eso?

Mercurio. Porque habia sabido lo que al principio te dije, que el Rey de Inglaterra andaba por dejar la Reina su mujer, con quien ha estado casado más de veinte annos, y tomar otra.

Caron. ¿Es posible?

Mercurio. Así pasa.

Caron. Agora te digo, Mercurio, que no queda fe en el mundo, pues ese Rey se pone hacer cosa tan fea como esa. ¿Da alguna causa para ello?

Mercurio. Dice que la dispensacion que hobieron del Papa para casarse, habiendo ella sido casada primero con un hermano del mismo Rey, no es bastante.

Caron. ¿Pues qué desvergüenza es ésa?

Mercurio. Tiénela perdida aquel Cardenal, que es d'ello causa. Siendo, pues, esa Reina tia del Emperador, claro está que queriendo el Rey de Inglaterra hacerle una tan grande injuria, de razon él no la habia de sufrir, y por eso le dijo que pluguiese á Dios que no le diese más causa el Rey de Inglaterra para hacerle la guerra, que él pensaba habérsela dado.

(1) En efecto, Enrique VIII ignoraba que su rey de armas hubiese ido á desafiar al César, porque esto lo dispuso sin su consentimiento Wolsey, en venganza de no haberle ayudado Carlos V á ser Papa. Véase el tomo 1, páginas 170 y 171 de los *Anales de la Biblia inglesa*, escritos por C. Anderson, y citados en el prólogo puesto á estos diálogos en la edicion de 1850.

- Caron.* Dígame que tiene mucha razon de no sufrirlo.
- Mercurio.* Lo mesmo creo que hará el Rey de Portugal, pues es tambien sobrino de esta Reina, y áun le toca á él más que no al Emperador, pues siendo bastante la dispensacion, si el Rey de Inglaterra persevera en dejar á la Reina su mujer, vernia á impugnar el poder del Papa. Y si la cosa se sufriese, luégo tampoco habria sido legítimo el matrimonio del rey D. Manuel de Portugal con doña María su mujer, madre de este Rey de Portugal y de la Emperatriz (1).
- Caron.* Áun no habia yo caído en ello. ¿No miras, Mercurio, cuántos inconvenientes se seguirán si perseverase el Rey de Inglaterra en lo que dicen haber comenzado?
- Mercurio.* Pues áun más hay. Que muy más verisímil es que el Papa tenga poder para dispensar en el matrimonio de Inglaterra que no en el de Portugal, porque en la ley dada al pueblo de Israel está mandado que si el marido muriese sin hijos, su hermano segundo se case con la mujer viuda, como hizo el Rey de Inglaterra. Por donde parece que el casamiento de Inglaterra, no sólo no es prohibido *de jure divino*, mas era en la ley mandado que así se hiciese, lo que no se puede decir del matrimonio de Portugal. Y habiéndose despues prohibido por constitucion humana, el que dubdase que el Papa no tiene poder para dispensar en ello, debria ser tenido por hereje.
- Caron.* Agora te digo, Mercurio, que si á semejantes cosas se da lugar, no me arrepentiré yo de haber hecho mi galera.
- Mercurio.* Pues allende d'esto, porque el rey d'armas de Inglaterra habia dicho al Emperador que él haria que hiciese por fuerza lo que no habia querido hacer de grado, respondióle el Emperador: que hasta agora él

(1) Doña María, hija de los Reyes Católicos, segunda mujer de D. Manuel de Portugal. Esta doña María era, por tanto, hermana de doña Catalina, mujer de Enrique VIII.

habia siempre condescendido, por amor del Rey de Inglaterra, á hacer más de lo razonable; y pues él agora decia que se lo haria hacer por fuerza, él hablaria de otra manera, y esperaba en el ayuda de Dios y en la lealtad de sus súbditos, de guardar tambien los hijos del Rey de Francia, que nunca se los habia de tornar por fuerza.

Caron. Ves ahí una respuesta no ménos de ánimo esforzado que modesta.

Mercurio. Allende de esto, pedian en los carteles que de la una parte y de la otra se diesen cuarenta dias de término á los mercaderes para retirar sus personas y bienes.

Caron. Eso bien lo concederá el Emperador.

Mercurio. No hará, porque los franceses é ingleses, ha ya muchos dias que tienen avisados á sus mercaderes, y bástales aquel término para retirar sus mercaderías, lo que no hace á los súbditos del Emperador, porque no están avisados, ni lo podrian en tan breve tiempo hacer.

Caron. Eso no entiendo yo.

Mercurio. Yo te lo diré. Como los franceses et ingleses sabian á qué tiempo el Emperador, habia de ser desafiado y eran ciertos del rompimiento, avisaron á sus mercaderes con tiempo que no llevasen sus mercaderías á tierra del Emperador.

Caron. ¿Cómo sabes tú eso?

Mercurio. Sélo porque los ingleses hicieron esto públicamente ocho meses ántes del desafío, y los franceses estaban tambien prevenidos, esperando el rompimiento, que tenian por cierto, como parecia por el cartel que el rey d'armas de Francia leyó, fecho á 11 de Noviembre.

Caron. ¿Es posible que diese cartel con esa fecha? Agora te digo que Dios ha cegado á los franceses el entendimiento, no queriendo que sus trampas queden encubiertas. No oí mayor necedad en mí vida que dar un cartel en que desafiaban, por cosas no ocho dias ántes pasadas, fecho dos meses y medio ántes. Cómo qué,

¿tan necios eran los embajadores y su rey d'armas, que no sabian mudar aquella fecha?

Mercurio. Si ellos la mudáran, ¿cómo se pudiera saber de cierto el engaño? Créeme, Caron, que no hace Dios las cosas sin causa. Y, porque no se me olvide, te quiero decir cómo, cuando los reyes d'armas acabaron de leer y decir sus carteles, se vistieron las cotas de armas que traian en los brazos.

Caron. Ea, declárame esa ceremonia.

Mercurio. Como despues de hecho el desafío quedan declarados enemigos del desafiado, vistense sus cotas d'armas por seguridad de sus personas, que ántes de declararse por enemigos no lo han menester.

Caron. ¿Qué semblante tenía el Emperador cuando todo eso pasaba?

Mercurio. No vi cosa allí de que me holgase, sino de la gravedad et majestad que el Emperador tenía, así cuando oia cómo cuando respondia, sonriéndose algunas veces de oír las desaforadas mentiras que aquellos reyes d'armas de parte de sus Reyes se dejaban decir. Y hecho esto, el Emperador se levantó y llamó á sí al rey d'armas de Francia, al cual dijo que dijese al Rey, su señor, que le restituyese todos sus súbditos que, despues del concierto de Madrid, contra razon y justicia, habia hecho ó permitido prender ó maltratar; donde no, que él trataria los súbditos del Rey que están en sus reinos como él tratase los suyos, y que no respondiéndole á esto dentro de cuarenta dias, él se tenía por respondido. El rey d'armas dijo que lo haria, y el Emperador le tornó á decir: «Pues decid más al Rey vuestro señor, que no sé si ha sabido lo que en Granada yo dije al Presidente de Burdeos, su embajador (1), que es cosa que mucho le toca. Y en tal caso le tengo yo por tan gentil Príncipe, que si lo supiese me habria ya

(1) Sin duda aquí se alude á las famosas palabras *lache y meschant*, de que ya ántes hemos hablado.

respondido; que hará bien de saberlo y conocerá cuánto mejor le he yo guardado lo que en Madrid le prometí, que no él á mí lo que me prometió.»

Caron. ¿Qué fué eso que dijo el Emperador al embajador de Francia?

Mercurio. ¿No te acuerdas de lo que te conté que le habia dicho cuando, juntamente con los otros embajadores de la Liga, le requerian que le restituyese sus hijos?

Caron. Sí, sí, ya te entiendo. Dígame que esas fueron palabras de verdadero príncipe, y que sus súbditos le son en mucha obligacion, pues quiere poner al tablero su vida, porque ellos no reciban daño. ¿Crees tú que el Rey de Francia responderá á eso?

Mercurio. Pienso yo que buscará alguna arte con que en alguna manera satisfaga al vulgo, y se guarde él de peligro, queriendo más destruir sus súbditos que su persona por ellos. Acabados, pues, los actos del desafío, el Emperador mandó que los reyes d'armas fuesen muy bien tractados, y que ningun enojo les fuese hecho. E yo volando soy venido á hacerte saber estas nuevas, á tí tan agradables como á mí enojosas.

Aunque mezclada la descripcion del desafío con la defensa del Emperador, aquel suceso aparece aquí pintado con vivísimos colores y referido como por persona que á él estuvo presente. Navajero, aún cuando estaba ya prisionero, tuvo conocimiento de hecho tan notable, y da cuenta de él en estos brevísimos términos: «Ordenaron juntos los embajadores franceses é ingleses que los heraldos de sus Reyes, que estaban hacía ocho días en España para este efecto, si la paz no se concluía, fuesen solemnemente con sus vestidos de ceremonia á declarar la guerra al Emperador.» Esto aconteció